



Subscription:—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7.50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Logar núm. 5.

NÚM. 296

Sevilla—Martes 23 de Diciembre de 1902

AÑO XXVI

## LOS HUMBERT

Es el suceso del día. El gran acontecimiento. Los grandes estadadores han sido detenidos y cogidos en el garlito de la modesta habitación de un barrio extremo de Madrid.

Francia se ha conmovido ante el suceso, y ni el Panamá, ni el *affaire* Dreyfus, ganan en importancia al viejo acontecimiento remozado y de oportunidad, con la detención de los estadadores.

Ni podemos dar detalles, ni importa gran cosa a nuestros lectores la descripción en boceto de la familia que ha ocupado la atención de la policía del mundo entero durante siete meses.

Lo que sí interesa del suceso es que ya uno de los detenidos, el más caracterizado y su esposa, han echado a volar la especie de que su causa no es un delito común, sino un suceso político, en que algunos personajes franceses están comprometidos.

Nacionalistas y conservadores, clericales y partidarios de las comunidades religiosas, preparan sus armas para dar una nueva batalla al régimen político imperante en Francia. La llegada de los presos a París será la señal de las hostilidades, aunque el tiroteo de las avanzadas lo ha señalado ya con los primeros disparos un periódico francés, apenas informado de la captura.

Los banqueros de la gran farsa, los acaparadores del dinero de cándidos interesados, con probables ganancias que explotan, precisamente, la avaricia humana; los Humbert, en fin, cuya osadía contrasta admirablemente con todas las artes del engaño, hasta el mayor grado de refinamiento, seguramente no serán tan candidos como lo fué nuestra famosa doña Baldomera, y á juzgar por sus arrogantes desplantes, arrastrarán hasta unir á su cadena á políticos influyentes, poco aprensivos, que lo mismo en Francia que en España abundan mucho.

Estos grandes explotadores que tienen todos los atrevimientos, porque reúnen todas las influencias asociadas á un conocimiento profundo de la sociedad en que viven, anarquistas al revés, más prácticos, le presentan á la sociedad sus grandes faltas, y como demostración palmaria de que la moral anda ignorada y desconocida, recogen y se apropian, ó el fruto de otras rapiñas, ó la sustancia de los que pretenden enriquecerse con fantásticas y fabulosas ganancias, sin poner trabajo, ni exponer capital, en la medida del beneficio á que aspiran y del lucro que se les ofrece. Así hicieron sus cálculos los Humbert y así pudieron monopolizar el negocio durante dos décadas en el gran mercado de París.

Al potentado nadie le pregunta de dónde viene, ni cómo ha adquirido su fortuna; se le abren todas las puertas y se le presentan todas las facilidades y tiene crédito y es respetado... hasta que dé la caída ó huya burlando á todos. Entonces sus devotos son los primeros en todas las maldiciones, porque jactados sus ganancias y los beneficios que los simulados negociantes le ofrecían con la sonrisa en los labios y la cortesía más refinada en la acción! Así se burlan los grandes pillos de la avaricia de los necios.

Los D'Anagnac puros, ¿serán causa de que arda la guerra en Francia?

Mucho tememos que las pasiones se agiten contra la República.

## Murmuraciones

A falta de riñas, incendios ú otro suceso que llamara la atención, en el día de ayer se encargaron los veinticuatro individuos que forman en Sevilla el partido liberal de dar la nota altisonante, ó sea el escándalo del día.

Reunidos en la casa del señor marqués de Paradas, éste parece que le dió carpetazo á los acuerdos que se habían tomado días antes, prefiriendo en el orden de puestos de confianza á unos y rebajando á otros.

El elemento batallador que desea cumplir al pie de la letra lo que últimamente ha ordenado Sagasta, esto es, que no se presenten las dimisiones, protestó de los compromisos personales del señor marqués, y éste, para evitarse dolores de cabeza, se metió en el tren expreso de Ma-

drid, y allá va con el cuento á la Corte, en donde importará un rábano todo lo que sucede en Sevilla.

Con el señor marqués también se fué á Madrid el otro marqués que nos gobierna—porque en Sevilla tenemos marqueses á puñado—con objeto de arreglar con el ministro de la Gobernación el orden de preferencias que tiene que guardar.

El partido conservador sevillano lo constituya antes una familia y sus servidores, y éstos y aquella se condonaban las contribuciones y se repartían la capa á su placer.

Esta vezada ya no es así. La entrada del Sr. Maura ha allegado nuevos elementos, tan valiosos como los anteriores, más simpáticos y menos egoístas.

La lucha que habrá de sostener el gobernador de Sevilla, si quiere vivir en paz, habrá de ser diplomática, dispensando sus favores por igual para tenerlos contentos.

No será así. Los elementos antiguos son egoístas por naturaleza, y habrán de pretender acapararlo todo para sí: su política no es política levantada, de honores, de preeminencias, sino política de provechos, de mercachiflerías, que llene la bolsa más de lo que está.

Los elementos mauristas, por el contrario, aparentan desinterés y alteza de miras, y el amor propio los lleva á templar sus armas y su posición independiente, en la seguridad que se llevan tras de sí las mayores simpatías.

Este es el caso que habrá de resolver el gobernador de Sevilla, quien, apenas llegó, fué secuestrado por el culebrón silvelista, quien comenzó por llenarle la barriga, á cuenta de cobrarle los garbanzos al ciento por ciento.

¿Qué resolverá el señor Maura? Esa es la cuestión, y eso será lo que habrá de poner en un potro el señor marqués de Montesa, quien ha comenzado á ver que no es tan fácil inflar el perro del gobierno civil de Sevilla teniendo por amigos y adláteres unos cuantos culebrones.

Ha amanecido muy triste nuestro cielo sevillano, y esto da ya mala espina para el premio deseado. Hablo yo del premio gordo, de lo que están ahora hablando todos los españoles, ó de cinco partes, cuatro.

La esposa del príncipe heredero de Sajonia ha huido al extranjero. Dicen los telegramas que se ignoran las causas que hayan podido influir para que dicha señora tome esa resolución.

Posible será que obedezca á las caricias del príncipe.

Porque los príncipes también se tiran los platos á la cabeza cuando se enfadan.

A pesar de cuanto se ha dicho; á pesar de que el mismo consul ó embajador francés en Madrid ha manifestado que el premio ofrecido por la captura de la familia Humbert pertenece al autor del anónimo... á pesar de todo eso, los grandes periódicos madrileños no dan su brazo á torcer.

Ellos han dicho que la policía española es la mejor del mundo, y no van ahora á rectificar.

El gobierno francés entregará al autor del anónimo los veinticinco mil francos ofrecidos.

Los periódicos susodichos, para mantener su juicio de manera formal, deberían entregarle otros veinticinco mil francos á la policía madrileña.

Y entonces tendrían derecho á seguir diciendo:

—Insistimos en lo dicho. Pero... ¿qué no lo hacen?

Dice un colega:

«Dos mujeres, decentemente vestidas y alardeando de señoras, dieron ayer mañana el gran escándalo.

Al principio se contuvieron en ciertos límites, pero luego sus insultos fueron de gran calibre y sus gritos atrañeron á gran número de curiosos.

Al enterarse estos de que el motivo de la cuestión era disputarse el cariño de un hombre, y al notar que las dos eran relativamente viejas, se permitieron toda clase de cuchufletas, algunas muy obscenas.»

¡A ver las viejas del demonio, y qué reventas están por Pascuas!

CARRASQUILLA.

## EL CORTIJERO

Convengamos en que los españoles somos muy fáciles de contentar. Otros países piden realidades para ser dichosos; el nuestro, no. Con un recuerdo ó una promesa se considera el más feliz del mundo. Mejor que nación, parece un amante platónico.

¡Recuerdos y promesas!... De eso vivimos, es decir, morimos hace trescientos años. ¡Realidades! ¿Para qué? Con traer á la memoria que hemos descubierto un continente, que el sol no se ponía en los dominios españoles, que nuestros artistas del siglo XVII no encontraban rival y nuestros capitanes del siglo XVI contrario, tenemos bastante para desconocer nuestra actual importancia y reventar de orgullo. Con que el más torpe de nuestros *estadistas* ofrezca, sin ocuparse en realizarlo, que al cabo de unos meses disfrutaremos tantos bienes y tantos esplendores como ruinas y males sufrimos, ya nos sobra para decir que dará una vuelta completa la tortilla patria, y que seremos otra vez árbitros de los destinos universales.

Así hemos vivido, así continuaremos viviendo, si los Jubilos no lo remedian.

Así, recordando que fuimos descubridores de un mundo, nos hemos quedado sin él, como nos hemos quedado á la luna de Valencia recordando que el sol no se ponía en los dominios del rey de España. Así, leyendo victorias de los capitanes antiguos, presenciando derrotas de los generales modernos, y recreando nuestra memoria con el espectáculo de la escuadra Invencible, que fué á loglaterra á desafiarse á la reina Isabel, tenemos ante nuestros ojos el espectáculo de la escuadra impotente que fué á San Sebastián á saludar á la reina Cristina. Así, fiándonos en las promesas que, desde Silvela, el regenerador, á Sagasta, el fresco, nos hacen á montones los políticos del desastre, camiamos de timbo en timbo, de descrédito en descrédito, de ridículo en ridículo, de burla en burla, de mal en peor, dejando en el camino nuestro prestigio, nuestro dinero y nuestra dignidad.

¡Pícaro manía de las promesas y de los recuerdos! ¿Cuándo llegará el punto de que tengamos un poco menos de memoria, otro poco menos de ilusiones y un mucho más de sentido común?...

Conveniente es que suceda pronto. Si no, va á pasarnos lo que á aquel hombre que se murió de hambre entre el recuerdo de un gran banquete, veinte años antes digerido, y la promesa de una gran comida que no acababa de llegar.

Ocurrésemos á este propósito, porque viene á él como de molde, una escena representada en cierto cortijo andaluz.

Era la época de cavar las viñas, y el dueño del cortijo encargó al aperador de éste que le buscara hombres útiles para la faena.

El aperador, ansioso de complacer á su amo, tomó la vereda que conducía al pueblo.

A la otra mañana estaba á la puerta de la finca con cuarenta hombres. Veinte pasaban de los sesenta años; los otros veinte no habían cumplido los diez y seis.

—¿Qué gente es esta?—dijo el dueño, apenas se encaro con los recién llegados.

—Pues los *cavaores*.

—¿Estos?

—Sí, señor.

—¡Pero, hombre, aquellos veinte son muy viejos... no pueden con los pies. ¿Cómo van á poder con los brazos?

—Esos—repuso el aperador—han sido los mejores *cavaores* de viñas de *ti* el contorno. *Nai*de *pío* echarles la pata hace veinte años. ¡Había que verlos!

—Ahora... Ello es que han *sío* los mejores.

—Bueno... El caso es que, si éstos son demasiado viejos, los otros me parecen demasiado jóvenes para el trajín.

—Sí que lo son. ¡Pero si viera *osté* lo que prometen ser dentro de diez años!

—¿De *mó* que los unos han *sío* hace veinte años, y los otros serán dentro de ocho ó diez!... ¡Vaya!

—Pues mira, hijo—añadió el cortijero—las viñas *sou* *pa* este año; ni *puen* volverse *pa* veinte años atrás, ni aguardarse diez. *Asin* que *despies*

á los que servían hace veinte años y á los que van á servir dentro de diez años, y me traes los que sirvan ahora; porque ahora, *ahora mismo*, es cuando hace falta cavar bien las viñas, si no queremos que se pierdan. Lo que ha *sío* y lo que *pue* ser, ¿sabes tú lo que es, niño? Música celestial.

Lo mismo pienso yo cuando se trata de la patria española.

Basta de recuerdos y promesas. A cavar la viña al instante.

Si no, vamos á hundir los azadones en un erial.

JOAQUÍN DICENTA.

## Recuerdos de la infancia

Halágame en extremo perderme á veces en solitario y oscuro rincón de mi humilde hogar, y soñar despierto con la descansada y rutinaria vida del pueblecito en que nací, y cuyo egido y plazas fueron testigos de mis primeros vuelos.

Sueño con aquellas tardes de la estival estación veraniega, cuando, sentado sobre toscas sillas tejidas de enéas á la puerta de mi tan reducida como blanqueada vivienda, y al lado de mi buena madre, la misteriosa luz del crepúsculo iba poco á poco esparciendo sobre las rojizas techumbres y altas chimeneas ese tinte de líquido acero que parece envolver al mundo en vaporosa nube, y que, cual si fuese animado ser, va depositando tristeza, melancolía y sombra en los corazones.

Reclinado en mi asiento y con un brazo asido al cuello de mi madre cariñosa, absorto contemplaba, al declinar uno de aquellos días, el chorreado cruzar, por el regato de mi tortuosa calle, de los bonachones y pacíficos jornaleros que se dirigían á sus humildes hogares á pasos avanzados, con el ruido producido por el choque de sus gruesos zapatoles contra el mal empedrado.

Caminaban ligeros con su brillante hoz medio enfundada, colgada del hombro; zahones de te rosa brillantez, remedando enormes alas, cubrían sus piernas; con su taleguillo portavandias pendiente de la muñeca, en busca de la clásica puchera extremeña, que aún hervía á borbotones en renegrido puchero allá en el rincón de la espaciosa y desmantelada cocina, donde ardían el seco carrasco, la verde jara y el oioro-tomillo.

Apesar de mi tierna edad, en que todos mis grandes problemas eran el trompo y la pelota, peor ó mejor manejados, recuerdo que un día comencé, casi sin quererlo, sin poder sustraerme al impulso arrollador de mi pobre imaginación, á elaborar ideas, juicios y razonamientos sobre aquél *ago* *incomprensible* que yo veía retratado en el rostro de los infelices jornaleros sudorosos, cansados y sin esperanzas de bien-estar, rostros curtidos por los ardientes rayos del veraniego sol y las escarchas del helado invierno.

Pregunté entonces á mi buena madre:

—Madre, ¿por qué estos pobrecitos trabajan y los otros no?

—Hijo: los que no trabajan son ricos y los jornaleros son pobres.

—Pues no me decía usted esta mañana, al hacerme rezar la oración al levantarme, que Dios era muy bueno y muy justo? Entonces, ¿por qué no los hizo á todos ricos?

Vi entonces que mi adorada madre, con los ojos fijos en mí, titubeando, sin saber qué contestarme, dándome suave palmadita sobre mi cabeza, me dijo al fin:

—Hijo mío, no pienses así, que es pecado y te mata Dios.

—¡Pecado!... ¡Pecado!...

¡Ah, falsa doctrina! El tiempo corre veloz, los años se suceden, el entendimiento se desarrolla, la razón se fija, el progreso todo lo revuelve, y el convencimiento más amargo, la más horrible decepción se apodera del hombre al contemplar la colosal obra de la Naturaleza.

Ser Supremo, si lo hay.

Justicia... ¿Dónde? No existe.



Hablaba mi buena madre por boca de la Iglesia.  
Su hijo por boca de la Razón.

JOSÉ REBOLLO.

## ¡EL GORDO!

La suerte, casi como siempre, siguió esta vez otro rumbo distinto, y allá á Palma de Mayorca fué á depositar los 20 millones de reales. ¡Casi nada!

¡Cuántas cavilaciones inútiles, qué de ilusiones frustradas!

El 28.038 ha sido el número agraciado con el gordo.

—¡Qué bonito número!—dirán al leerlo los jugadores.—Y yo de rabia digo:—¡Qué maldito número fué á salir!

En fin, consolémonos y á ver si otra vez quedamos satisfechos, que difícilísimo lo veo.

Barcelona también está de enhorabuena; pues también ha participado de 8 milloncitos de reales en el número 2.861. A buen seguro está que los agraciados no han de preocuparse en mucho tiempo del separatismo, ni de que el catolicismo se explique en catalán ó en castellano.

Jerez no ha sido menos afortunada, puesto que cobrarán los jerezanos 4 millones de reales, que le han pertenecido al número 6.246. Si como deseamos, han sido huelguistas los agraciados, ¡vaya juerga la que correrán!

Vigo cobrará 1.000.000 de reales por el número 2013.

Además han salido premiados:

Con 100.000 pesetas: 25.111, en Lérida; 19.589, en Alicante; 29.539, en Madrid.

Con 90.000 pesetas: 24.692, en Girona; 31.013, en Barcelona; 19.530 en Alicante.

Con 80.000 pesetas: 991, en Sevilla; 1.497, en Ciudad Real.

Con 70.000 pesetas: 39.136, en Granada; 16.455, en Valls; 16.546, en Palma; 33.025, en Barcelona; 4.493, en Madrid.

Con 60.000 pesetas: 22.567, en Barcelona; 17.607, en San Sebastián; 2.000, en Madrid; 39.810, en Barcelona; 5.726, en Murcia; 35.217, en Madrid; 27.497, en Pamplona.

Con 50.000 pesetas: 31.198, en Salamanca; 7.405, en Segovia; 24.002, en Burgos; 35.928, en Madrid; 6.506, en Madrid; 10.337, en Valencia; 39.137, en Granada; 29.416, en Palma; 24.577, en Barcelona.

Total: á los sevillanos, nada ó casi nada; 80.000 pesetas, una friolera, que apenas es suficiente para ir á comer á Eritaña; aquí, donde precisamente más falta hacen los 20 millones, puesto que, según el común sentir, aquí es donde más gusta la gente de jaranear y divertirse; pero, en fin, no perdamos las ilusiones, puede ser que el telégrafo mienta, que los cajistas hayan equivocado los números y otras tantas necesidades que hay por necesidad que suponerse para calmar la rabietta.

—Pero hombre, si el juego de la lotería es un robo.

—Yo no juego más.

—Esto lo sabía yo.

Estas y otras frases análogas estoy escuchando desde la mesa donde escribo y que me están proporcionando un rato de risa.

Y ahora decimos nosotros:

—¡Siga el Gobierno tallando que no faltarán tontos que apunten!

—Pero hombre, si el juego de la lotería es un robo.

—Yo no juego más.

—Esto lo sabía yo.

Estas y otras frases análogas estoy escuchando desde la mesa donde escribo y que me están proporcionando un rato de risa.

Y ahora decimos nosotros:

—¡Siga el Gobierno tallando que no faltarán tontos que apunten!

## Una pesadilla

CUENTO

Si no lo dijo Hipócrates, debió decirlo; no conviene cenar perdices. He aquí un consejo higiénico, que estoy seguro ha de seguir al pie de la letra la inmensa mayoría de los españoles.

Por no haber observado tan sabia máxima, pasó don Ciriaco la otra noche un rato muy malo. Había cenado una perdiz y los tres cuartos de otra, dejando á su ama el cuarto restante, que así entiendo el aquello de *García del Castañar*: «para dos perdices, dos». Había regado las sábanas cuanto indigestas aves con sendos tragos de lo añejo. Después de lo cual, y hechas sus ordinarias devociones, se entregó tranquilamente al reposo.

Y cátese que lo primero con que D. Ciriaco tropezó al dormirse fué... ¡no sean ustedes maliciosos! D. Ciriaco al dormirse tropezó, ó más bien, no imaginó tropezar con otra cosa sino con el propio y auténtico Andresillo, su antiguo vecino y feligrés, un liberalote sacrificado por orden suya durante la última guerra civil. ¡Bendito Dios! En lo que menos pensaba don

Ciriaco era en el tal sujeto. Veinticinco años hacía que le despachó al otro barrio, y en todo ese tiempo ni una sola vez se había acordado del pobre chico. De donde cabe inferir que no fué la conciencia pletórica de remordimientos, sino el estómago cargado de perdiz, lo que á tan deshora trajo á su mente aquel recuerdo.

Bien seguro estaba D. Ciriaco de que Andresillo ardía en los infiernos. ¡Como que había muerto sin confesión ni recomendación del alma, en pleno pecado de liberalismo, más horrendo mil veces, según es sabido, que los de robo, incendio, estupro, adulterio, incesto, asesinato y patricidio! La cosa pasó de esta manera: Oficiaba D. Ciriaco por entonces de cura trabucaire, matando á los hombres al grito ¡viva Dios! Vió de lejos á Andresillo caminando á través de un maizal. Llamóle y le interrogó. La actitud del muchacho le hizo sospechar que llevaba un parte del alcalde para el jefe de las fuerzas liberales. Registraron al chico y encontraron el papel. Tentaciones tuvo D. Ciriaco de enviar aquella criatura á la eternidad en pecado mortal para que allí purgara su delito liberalesco en los tormentos perdurables. El espíritu cristiano ó el deber profesional pudieron más en su alma que la justa indignación, y brió al reo con los auxilios espirituales. Negóse Andresillo á recibir la absolución de la misma mano que le daba la muerte, y en vez de agradecer al sacerdote la buena intención, púsole cual no digan dueñas. Cuatro balas le hicieron enmudecer, muriendo así en la impenitencia final.

Con tales antecedentes á nadie extrañará el sobresalto que se apodetó de D. Ciriaco al topar inopinadamente con el réprobo. Imaginándose dar un paso atrás, dió un respingo en la cama, y, haciendo repetidas veces la señal de la cruz, balbuceó:

—En nombre de Dios te conjuro, ¿qué quieres? ¿A qué vienes?

Que es, como nadie ignora, la fórmula sacramental en lances semejantes.

Callaba Andrés y miraba fijamente á su matador, como gozándose en su turbación y azoramiento. Pero buen muchacho en el fondo, á pesar de su liberalismo, apiadóse del terror del ciego, y díjole con su desenfado habitual:

—No vengo á nada malo, D. Ciriaco. He querido aprovechar la libertad de que gozo para dar una vueltita por este pcaro mundo.

—¿Pues no estás en el infierno?

—Ya no hay infierno, D. Ciriaco.

—¿Como que no?

—Caba; no hay infierno porque no hay demonio.

—¿Qué demonios estás ahí diciendo?

—Lo que usted oye.

—Según veo, sigues tan hereje después de muerto como en vida.

—No son herejías; es la pura verdad. Verá usted lo que ha sucedido. Usted debe saber que la misericordia de Dios es infinita.

—Sí, sí—murmuró D. Ciriaco malhumorado.

—Pues Dios, en su infinita misericordia, ha tenido piedad del demonio y le ha otorgado su perdón.

—¡Imposible!

—Ahora sí que me parece que está usted blasfemando, *pae cura*. ¿Es que hay imposibles para Dios?

—¡Mientes como un bellaco!

—En consecuencia, el angel malo se ha trocado en angel bueno, y en este momento forma parte de los coros celestes que celebran la gloria del Eterno.

—Tú estás borracho, granuja.

—Como no hay demonio, no hay infierno. Todos los condenados hemos aprovechado la gracia divina; un indulto completo, total; no como otros que suelen otorgarse sobre la tierra, Dios no regatea la piedad.

—Tú estás demente, Andrés.

—Viéndonos libres, cada uno ha tomado por su lado. Unos se fueron derechos al Paraíso. Otros hemos querido dar antes un p setto por los lugares que habitamos en vida, y visitar á los parientes y amigos. ¡Y como usted tiene tantos títulos á mi amistad!

—¡Llévete el diablo!—rugió D. Ciriaco hecho un basilisco.

—Pero, D. Ciriaco, ¿si ya no le hay!—exclamó con sorna el tuno de Andresillo. Y riendo á carcajadas se desvaneció en el aire.

Quedó D. Ciriaco confuso y atónito. ¿Había menudo aquel pillastre? Pero su aparición y desaparición milagrosa daban claro indicio de su esencia sobrenatural. Además, la cosa en sí no era imposible. ¿No es Dios omnipotente? ¿No es infinitamente misericordioso? Bien podía ser que, juzgando bastante la expiación, hubiese perdonado al diablo.

—¡Luego no había infierno! ¿A dónde, enton-

ces, iban á parar los liberales después de muertos? ¿Tendría él, un ungrido, que codearse en el cielo con los masones? ¿Alcanzarían los herejes, al igual que los verdaderos creyentes, la bienaventuranza eterna? Mucho siento revelar esta impiedad, mas es lo cierto que D. Ciriaco no pudo menos de censurar duramente, allá en el fondo de su alma, lo que él llamaba una debilidad del Altísimo.

Luego se apoderó de su ánimo un terror pánico, y un estremecimiento convulsivo recorrió su robusto cuerpo de los talones al cogete. Acababa de asaltarle una idea tremenda. Si no había infierno, tampoco había Purgatorio. Pedro Botero no podía ser de peor condición que Satanás. Los condenados por tiempo no habían de sufrir la pena, mientras eran absueltos los condenados para siempre. Semejante anomalía hubiera sido impropia de la justicia divina. Pues, sin purgatorio, ¡adiós cepillo de las ánimas! ¡Adios misas por los fallecidos! ¡Adios sufragios por los difuntos! ¡Adios redención de los pecados, y, por ende, adios cura de almas! Don Ciriaco se contempló por anticipado cavando la tierra y cenando, en vez de perdices, unas tristes migas.

Tales resoplidos daba en su congoja, que el ama hubo de llamarle solícita:

—¿Qué tienes, Ciriaco? ¿Qué te pasa? ¿Por qué soplas de esa manera?

—Calla, mujer—exclamó D. Ciriaco despertando sobresaltado.—¡Si he soñado la cosa más rara! ¡Qué atrocidad! ¿Pues no estaba ahora mismo pidiendo á Dios la restauración del infierno?

ALFREDO CALDERÓN.

## De actualidad

Madrid.—Llegaron policías y varios periodistas franceses. Por orden del consul, está en incomunicación absoluta la familia Humbert. Entróles decaimiento.

El Consejo ha durado cuatro horas. Sánchez Toca leyó y se aprobó el decreto instituyendo el Estado Mayor de la Armada. Autorízese para las consultas y propuestas é instrucciones de real orden á la jefatura del Estado Mayor.

Primer. Para que proponga el programa de la escuadra de instrucción manteniendo las fuerzas navales á flote que considere más conveniente dentro de lo que quepa desenvolver ajustado á los créditos y estructura del actual presupuesto, que regirá en 1903.

Igual propuesta para la provisión de programa que sobre esto mismo considera más conveniente y practicable para el ejercicio de 1904.

Segundo. Para que estudie y proponga la mejor organización de las reservas de mar.

Tercero. Para que estudie y proponga el programa del armamento naval y plan orgánico de los elementos y fuerzas marítimas más convenientes para la posición intermarítima é intercontinental de nuestra península.

Cuarto. Para que, de acuerdo con el ramo de Guerra, estudie y proponga la mejor organización de defensas de puertos y costas.

Dió cuenta del expediente del dique de Cartagena.

Vadillo informó sobre expedientes en trámite. Aprobóse un decreto creando una comisión que presidirá Vadillo, encargada del estudio de las principales conclusiones de los congresos agrícolas nacionales y extranjeros, enderezados todos á nuestro programa agrario.

De la comisión formarán parte personas de reconocida notoriedad, representantes de los labradores.

Aplazáronse los expedientes de dos reos de muerte de Logroño.

Aprobóse decreto regulando las ordenaciones de pagos de las diputaciones y ayuntamientos.

Acordóse que el concurso para impresión de la *Gaceta* de Madrid se anuncie nuevamente.

Acordóse que el 12 de Abril sean las elecciones de diputados y la de senadores hacia el 10 de Mayo.

Acordóse restablecer la Dirección de la benemérita.

Villaverde informó sobre el expediente instruído para arbitrar recursos con que satisfacer las obligaciones del personal del ministerio de Marina.

También informó sobre cuestiones de presupuestos.

Aprobóse decreto relativo á empleados. Se concederá premio al empleado que se distinga en el desempeño de sus funciones.

Hizo observaciones acerca de la reorganización de servicios.

Villaverde dió cuenta de los créditos reconocidos y no satisfechos por obligaciones de Ultramar, acordándose preparar un proyecto de ley para pago de dichas atenciones, atendiendo preferentemente á los alcances de la tropa.

La nota oficial dice que se acordó en principio que las operaciones electorales para dipu-

tados y senadores, comiencen el 12 de Abril.

El director de Obras públicas, Burgos, marcha mañana al Puerto para asuntos particulares y permanecerá allí cuatro ó cinco días.

Mañana habrá Consejo de ministros presidido por el rey.

Silvela ha declarado que sólo se relevará á embajador de San Petersburgo.

Tanger: ha mejorado la situación de Marruecos.

El Sultán, aprovechando el período de lluvias, refuerza el ejército para emprender activas operaciones.

La policía francesa y española y los periódicos franceses estudiaron en el Hotel Humbert recogiendo ropas que solicitó la familia.

La señora Humbert está enferma. El consul pretendió llevar á Eva á la institución francesa en Madrid.

Ella se ha negado á separarse de su madre.

Hay gran discusión en la prensa sobre quién pertenece el premio después de conocerse el anónimo.

Sobraron billetes de la lotería en todas las administraciones.

Circularonse órdenes para que se pague el 26 del actual.

San Petersburgo.—A consecuencia de las oscilaciones terrestres de Andigan, ha habido 2,500 muertos; hundidas 1,500 casas.

Caracas.—El presidente Castro está enfermo.

Dresde.—El príncipe heredero de Sajonia fugose del domicilio paterno.

## Los dos avaros

Ambos eran viejos; ambos vivían solos, sin servidumbre, en un barrio apartado; sus casas de piedra se alzaban una frente á la otra como desafiándose; ambas se parecían en lo cerrado de las puertas y en lo polvoriento de las ventanas. Sus dueños no hacían ni recibían visitas; y si salían á comprar viveres debía ser muy de mañana, cuando no había nadie en las calles.

Las viejas se acordaban de que á raíz de una guerra civil, que había desolado el país y durante la cual habían sido robadas muchas granjas é incendiados muchos castillos, dos extranjeros habían venido á establecerse en aquellos dos caserones, y que habían tomado á su servicio á una mendiga que andaba por los caminos, casi idiota, que batía las habitaciones en una y otra casa, y que murió sin decir de sus amos otra cosa sino que uno se llamaba Juan y el otro Anselmo.

Estos no buscaron otra criada, y continuaron por espacio de algunos años comiendo juntos; Juan pasaba á casa de Anselmo á la hora del almuerzo y Anselmo iba á comer á casa de Juan.

Después, cada uno de ellos se aisló en su casa; cesaron las idas y venidas, y á fuerza de no verlos, la gente acabó por olvidarlos.

Una noche, á la escasa luz de una lámpara, se pudo ver á Anselmo sentado en su lecho é inclinado sobre un arca abierta, en que brillaban el cobre, la plata y el oro, el oro en mucha mayor cantidad; federicos de Alemania, soberanos ingleses, onzas españolas, florines, rixdales, doblones, cruzados, ducados, guineas, debracs y capelinos; todas las monedas del orbe, como si un pirata hubiera espumado los mares del uno al otro polo para formar aquel tesoro en que se mezclaban, á las monedas de Europa, los taels, los catís, los cayas, los copangs, los dollars, los zequies, los patacos, los yarambees y esas preciosas conchas que los negros de Kónara dan á cambio de baratijas.

Anselmo, con la vista perdida en la irradiación de los reflejos de oro, y llenas las manos de monedas, que pesaba con transporte, acabó por deslizarse de la cama al arca, y se revolcó sobre aquel montón de riquezas, arañándose la piel y penetrándole hasta los huesos el frío de los metales, pero gozoso, extasiado, ébrio de felicidad.

De pronto se oyó un ruido; uno de los cristales de la ventana se movió, fué sacado de su marco; por aquel hueco pasó una cabeza y unos brazos que se apoyaron en los muebles próximos. Era Juan, el avaro de enfrente, que llegó sin ser sentido al arca en que Anselmo estaba echado boca abajo. Juan sacó un cuchillo largo, y puntiagudo. Por un momento se le vió vacilar, como si el recuerdo de peligros ó trabajos pasados en compañía le contuviera después hundi-